



Una vez, cuando cayó mucha nieve, los niños hicieron dos monigotes de nieve en el patio. En vez de las narices les pusieron unas zanahorias, a uno le anudaron una bufanda en el cuello, al otro le pusieron unas manoplas tejidas sobre las manos.

Un hombre, al pasar, miró a los monigotes de nieve, suspiró y dijo algo. Pero nadie le oyó.

Llegó la noche. Se apagaron las luces en las ventanas. Y cuando la luna salió de detrás del techado, uno de los monigotes de nieve de repente se estremeció y abrió los ojos.

— ¡Ay! — dijo. — ¡Ay-ay-ay! ¡Soy de nieve, pero vivo! ¡Brazos! ¡Piernas! ¡Cabeza! ¿Y dónde está la cola? ¡Ay, no tengo cola! Dicen que soy monigote de niene. ¡Ay, no estoy acostumbrado a caminar! Pero no voy a entristecerme, si he revivido, voy a vivir.





Parpadeó, se balanceó en sus piernas cortas, miró a la izquierda y vio al lado a un monigote de nieve igual que él.

— He, — dijo, — vecino, ¿quién eres? ¡He, despierta, abre los ojos!

El vecino se estremeció y se despertó, parpadeó y contestó:

— No soy “vecino”, sino “vecina”. No soy “vivo”, sino “viva”.

— Los ojos brillan de alegría, como que diciendo “buenas”. ¿Cómo puedo llamarte? Pues, ¡te llamaré Nievecita!

— Aunque pareces un saco, te voy a llamar Heladizo.

